

se precipita dentro y Luisa tras él. Esta, al ver á su esposo, cae por tierra presa de indecible angustia. Juan, frío, rígido, amaratado, con la mitad del cuerpo fuera del lecho, habia dejado de existir.

Maruja soñaba á su papá como le habia visto aquel 5 de Febrero, y murmuraba semidormida: ¡Qué bonito está papá!

El ministro de Dios quedó como petrificado, mudo por el dolor y la sorpresa, y cuando volvió en sí, dos raudales de lágrimas brotaron de sus ojos y maquinalmente repitió aquellas terribles palabras: "Me buscaréis y no me hallaréis y moriréis en vuestro pecado."



LA CASA DE LOS ESPANTOS

I

Muchos años ha, según refiere una tradición, habia en cierta calle céntrica de México un caserón, cómodo, de antigua arquitectura y que producía á su dueño pingües rentas. El vecindario dió y tomó en que en aquella casa habia espantos, y en breve fué desocupada. Los pocos solicitantes, al saber que espantaban, devolvian las llaves á toda prisa. El propietario que, como el noventa y nueve y tres cuartos por ciento de los descendientes de Adán, amaba el dinero con entusiasmo cariñoso, entristeciéndose sobremanera por la disminucion de sus rentas.

Bajó el precio del alquiler, puso llamativos anuncios en los balcones y mandó publicarlos en los periódicos de más cir-

culación; pero todo inútilmente, pues México entero señalaba ya con el dedo la casa de los espantos, y no pocos sentían calosfrío al pasar frente á ella, y apresuraban el paso temerosos de que un duende sacase la garra por las rendijas de las ventanas y les hiciese algún desaguisado.

Don Sóstenes Berúmen, propietario de la casa, esforzóse por venderla, aunque rebajase parte de su justo precio pero no hubo quien por ella ofreciese ni siquiera mezquina cantidad, á pesar de las gestiones de activísimos corredores.

Un día presentóse en la casa de Berúmen doña Brígida Palafox, viuda, heredera de un exiguo capital que en timbres, abogados, impuestos, se desvaneció como humo, dejándole aun el cisco de algunas deudas. Acompañaba á la viuda su hija Natalia, joven de negros ojos, más matadores que los triunfos en los juegos de naipes; de burlona sonrisa, capaz de dar grima á los duendes, y majestuoso continente que revelaba ilustre prosapia. Esta niña, pensó don Sóstenes, nació para mandar: en un convento sería la abadesa; en un colegio la directora; en un batallón de amazonas la coronela.

—¿En qué puedo servir á ustedes? di-

jo después de responder al cortés saludo que le dirigían.

Las mujeres vieronse con una mirada de inteligencia; habíanles asegurado que aquel viejo tacaño y marrullero era un ogro, y la dulzura de su voz, la humildad de sus palabras y la afable expresión del rostro desmentían la pública fama.

¡Calumniadores! dijo para sí doña Brígida; pero no reflexionó que iba acompañada de su hija, y que ésta tenía en la faz dos centellas capaces de imponerse al histerismo personificado.

—Venimos, dijo la viuda, á solicitar de usted una vivienda pequeña y no muy distante del centro, donde podamos habitar mi hija y yo. Vivimos de nuestro trabajo y no podemos pagar subido alquiler; pero nos esforzaremos en ser puntuales en el pago.

Una idea pasó entoces por la mente del propietario, y acogióndola con fruición, repuso después de algunos momentos:

—Con buena voluntad voy á ayudar á ustedes en su pobreza. Vivirán en magnífica y céntrica finca, sin pagarme nada de renta. Eligen las piezas que gusten, y si arriendan las demás, pagaré á ustedes los honorarios de recaudación; y ofreciéndoles la casa de los espantos.

Las solicitantes pronunciaron vehementes frases de gratitud y cogieron emocionadas las llaves, que les entregó don Sóstenes.

Al despedirse, Natalia, sin dejar su burlona sonrisa, dijo al propietario:

—Nos han asegurado que en esa casa “espantan;” pero nosotros no tenemos miedo á los espantos.

—Bien, muy bien, contestó don Sóstenes satisfecho.

II

Allí están ya madre é hija instaladas en la casa; sólo ocupan dos piezas: la sala y la recámara á ella contigua. La primera noche recogieron muy temprano, pues trágicaron todo el día, acomodando sus escasos muebles.

Estaban ya arrebujadas en sus respectivos lechos, cuando parecióles que la puerta de la sala, que daba á un amplio corredor, se abría de par en par. En aquel momento dió el reloj de la Catedral las ocho de la noche. Pusieron atento oído y claramente percibieron pasos de alguien que iba y venía del uno al otro extremo de la sala, que estaba á oscuras. Doña Brígida se alarmó mucho, pero calmóla Natalia.

—Duérmete, mamá, le dijo, son los duendes. No nos hemos de levantar por ellos. Mañana, si vuelven, tendremos el honor de recibirlos.

Pasado un rato, oyeron que los pasos resonaban en la escalera y el eco de ellos repercutía en las desiertas piezas. Después, el profundo silencio de la noche, y la anciana y la joven durmieron tranquilamente.

A la siguiente noche, Natalia dijo á su madre:

—Me parece, mamá, que el espanto ó alma en pena que vino anoche, volverá hoy á la misma hora. Creo que conviene hacernos de la vista gorda, salvo el caso de que nos dirija la palabra. No tengo miedo; por el contrario, satisfaría mi curiosidad conociendo á un espanto.

Madre é hija cosían, y en una mesa cerca de ellas colocada, ardía una lámpara que escasamente alumbraba el vasto salón.

A las ocho de la noche en punto abrióse como la víspera la puerta de la sala, y aunque Brígida y Natalia nada vieron, oían perfectamente los pasos que hacia ellas se encaminaban y que se detuvieron cerca de la luz; percibieron la voz de alguien que rezaba en latín.

Doña Brígida sudaba frío, Natalia es-

taba hondamente emocionada. El rezo duró como una hora y el invisible rezador, concluido que hubo, fuese por donde se había ido la noche anterior.

La siguiente noche, á la misma hora, llegó el devoto dirigiéndose inmediatamente á donde estaba la luz; mas no era ya invisible, las dos mujeres vieron á un hombre alto, cenceño, de faz severa y afligida, y por la sotana que portaba, comprendieron que era sacerdote.

Poco á poco se fueron acostumbrando á la cotidiana nocturna visita, y para trabajar con más tranquilidad, pusieron vela en una mesa colocada en uno de los ángulos de la sala. Hacia ella encaminóse en lo sucesivo el sacerdote, la visita del cual llegó con el tiempo á no impresionar en lo más mínimo á las moradoras de la casa.

Transcurridos algunos meses, el nocturno visitante, al concluir su rezo, cortó la primera hoja en blanco de su breviario, trazó algunas líneas sobre ella, dejola sobre la mesa, y extendiendo el brazo señaló á sus buenas amigas con el índice de la diestra mano, el papel que dejaba escrito y desapareció para no volver jamás.

Natalia fué la primera en acercarse á él, leyó para sí y luego en voz alta:

“Señor Don Sóstenes Berúmen.

Presente.

Estimado hermano:

Durante mi vida de sacerdote omití algunas veces y otras recé mal el Oficio Divino. Por misericordia de Dios fui condenado á llenar las omisiones y á reponer las oraciones mal rezadas, en la misma casa en que viví, con la condición de que estuviese habitada. Doña Brígida Palafox y su hija fueron las únicas que me facilitaron el cumplimiento de esta pena. A ellas debo salir del Purgatorio.

Te ruego que, por la memoria de nuestro padre, les hagas donación de la casa que habitan, pues hállanse en suma necesidad.”

III

A la hora de despacho estaban Doña Brígida y su hija en la casa del rico propietario, á quien, después de saludar, entregaron la misiva de ultratumba.

¡Oh Dios, y qué aspavientos hizo el señor Berúmen! Frunció el ceño, levantó iracundo la voz, apostrofó á sus prote-

gidas. Había aparecido ya el ogro de que hablaba la pública fama.

—¡Han falsificado ustedes la letra y firma de mi difunto hermano! clamaba colérico. ¡Superchería y nada más que superchería!

Y entre denuestos arrojólas de su presencia, previniéndoles que en ese mismo día desocuparan la casa.

Y no paró allí el enojo del señor Berúmen, sino que presentó formal querrela ante el Juzgado de lo Criminal, y cuando la viuda y su hija liaban los bártulos para mudarse, el Juez se presentó ante ellas para tomarles su inquisitiva. Oyó la singular historia que de referir acabo, y el togado señor quedóse perplejo.

Parecióle que para sentar el auto cabeza de proceso necesitaba examinar al autor de la firma, pero la humana justicia no traspasa el linde del sepulcro. Anhelaba, por otra parte, obsequiar los deseos del señor Berúmen, de que los impostores fuesen encerrados en la cárcel, pues antaño como ogaño, no falta á querellante rico, Juez benévolo y complaciente.

Decidió, por último examinar al vivo en defecto del muerto; mandó á la señora Palafox y á su hija que subieran

al coche que le había conducido á la casa de los espantos, y Juez, secretario, curial, y las dos pobres mujeres acomodáronse en él como pudieron.

Berúmen estaba en su despacho. Recibió al Juez con aduladora sonrisa y con despecho á las señoras.

—¿Es esta la firma del hermano de usted? dijo con solemnidad el letrado.

—Es igual, enteramente igual, contestó el interpelado, pero no puede ser de él porque los muertos no firman.

—Firmó delante de nosotras, afirmaron á la vez las procesadas.

—Ni siquiera conocen á mi hermano, ni en su vida le vieron jamás.

Don Sóstenes acercóse al Juez y dijo algunas palabras al oído.

—Magnífica idea, contestó el licenciado; vamos allá.

Y Juez, secretario, curial, acusador y acusadas salieron del despacho, y después de atravesar un gran patio y un corredor, entraron á una extensa galería con multitud de retratos colgados en las paredes.

—Aquí tiene usted, señor Juez, los retratos de toda mi familia; abarcan tres ó cuatro generaciones. Díganme las señoras de cuál de ellos es la firma.

Las acusadas empezaron á recorrer las paredes, fijándose atentamente en los magníficos cuadros. De repente, á una voz, señalaron ambas el de un joven elegantemente vestido.

—Este es el que firmó; pero vestía de sacerdote.

Don Sóstenes se puso lívido, abrió cuanto pudo la boca y los ojos, y cuando la primera impresión hubo se debilitado, trémulo exclamó:

—Señor Juez, retiro mi querrela, lo que estas señoras aseguran es verdad.

—Me alegro, me alegro. El caso jurídico es muy raro y sobremanera morrocotudo. Ni la Novísima Recopilación, ni el Fuero Juzgo, ni las siete Partidas de Don Alfonso el Sabio, ni ninguno de los vetustos infolios que al dedillo cozo, legislan acerca de los duendes. No les dedican á esos misteriosos espíritus ni la más mínima palabra.

IV

Al siguiente día, mediante la respectiva escritura de donación, la señora Palafox y su hija eran dueñas del magnífico caserón, y no tardaron en ser rentadas las viviendas, pues súpose en toda la ciu-

dad la singular historia que de referir acabo. Nadie temió que el espíritu bajase del cielo á visitar gentes tan tontas y casquilucias como las de este mundo, inclusive las que se llaman sabias; pero á la casa se le siguió llamando por mucho tiempo "La casa de los espantos."